

## Las miserias del concepto de clase en la tradición fundacional marxiano-weberiana y las paradojas de la integración de paradigmas

Gómez, Marcelo - [mgomez@unq.edu.ar](mailto:mgomez@unq.edu.ar)

Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.  
Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Quilmes.

Recibido: 03-08-2020

Aprobado: 13-11-2020

**Resumen:** La sociología padece el desgaste de una de sus categorías analíticas fundantes: clase social. A pesar de que los textos legados de Marx y Weber nunca ofrecieron un desarrollo sistemático ni extenso sobre el tema, los intentos contemporáneos de revitalizar el concepto de clase tienden a plantear una convergencia entre ambos, enfatizando sus complementariedades más allá de sus discrepancias. La tendencia a esquematizar las contribuciones de los padres fundadores pasando por alto sus notables contradicciones internas y forzar una integración entre ambos enfoques no hace más que multiplicar los déficits de origen. La pervivencia de esquemas insuficientemente secularizados que apelan a instancias explicativas cuya inteligibilidad se resuelve *ex ante* la acción y la lucha, terminan multiplicando las inconsistencias y paradojas de la noción de clase y amenazan con quitarle su especificidad al no terminar de separarla de estamentos o castas.

**Palabras clave:** clase social; teoría social contemporánea; Marx; Weber

**Abstract:** Sociology suffers from the wear and tear of one of its founding analytical categories: social class. Despite of the fact that the legacy texts of Marx and Weber never offered a systematic nor extensive development on the subject, contemporary attempts to revitalize the concept of class tend to pose a convergence between both of them, emphasizing their complementarities beyond their discrepancies. The tendency to

outline the contributions of the founding fathers, ignoring their notable internal contradictions and forcing an integration between both approaches, only multiplies the deficits of origin. The survival of insufficiently secularized schemes that appeal to explanatory instances whose intelligibility is resolved *ex ante* action and struggle, end up multiplying the inconsistencies and paradoxes of the notion of class and threaten to take away its specificity by not finishing separating it from classes or castes.

**Key words:** social class; contemporary social theory; Marx; Weber

### **Introducción**

En las últimas tres décadas las ciencias sociales en general, pero especialmente la sociología, han estado arrastrando el "cadáver moribundo" de una de sus categorías analíticas fundantes: clase social. Luego de iluminar el cielo del pensamiento social y convertirse en la clave de comprensión de la sociedad capitalista moderna, el análisis de clases entró en un oscuro eclipse primero y en una lenta agonía después. Desde las diferencias de género (Engels afirmando que la mujer es el proletario del hogar) hasta las preferencias políticas, desde el ascenso del nazismo hasta las grandes revoluciones del siglo XX todo tenía un trasfondo de clase, y nada podía explicarse a espaldas de ella. Pero a partir de los años ´70 las discusiones sobre la evolución del "capitalismo avanzado" y las particularidades de las sociedades del Tercer Mundo la sometieron a una serie de exigencias ante las que dejó de tener respuestas convincentes. Podría decirse que la agonía del concepto de clase proviene de las heridas y mutilaciones que fue sufriendo al atravesar, no sin coraje suicida, diversos campos minados por transformaciones sociales que estallaron bajo sus pies<sup>1</sup>. Sin embargo, es claro que desdibujada, vilipendiada, despreciada, pocos se atreven a extenderle el certificado de defunción. No hay quien tenga la osadía de negar que la sociedad capitalista contemporánea sea una sociedad de clases, es más, parece haber un consenso acerca del incremento notable de las desigualdades socioeconómicas en los últimos años,

---

<sup>1</sup> Algunas de las bombas que detonaron bajo las seguras y despreocupadas pisadas del concepto clase: la despolarización de la estructura social con la emergencia de las "nuevas clases medias", la reorganización de los procesos de producción y trabajo (posfordismo), la primacía de los servicios y el conocimiento en la nueva economía (posindustrialismo) y el renovado peso de fuentes identitarias alternativas al trabajo (posmodernismo) junto con el llamado desclasamiento del voto y las preferencias políticas e ideológicas. Ver sobre todo Lee y Turner (1996).

dando lugar a la notable paradoja de la crisis de un concepto y el auge de su objeto en el más amplio de los sentidos.

Si la sociología es la ciencia del lazo social y estudia los principios que ordenan la diferencia y el antagonismo, la clase es un concepto fundante, distintivo y viga maestra del análisis sociológico (Milliband 1994: 418 y ss; Bottomore y Nisbet 1988) y su debilitamiento fatalmente incide en una pérdida de consistencia disciplinar y de especificidad que invita a la invasión de otros recortes analíticos. Demografía, antropología, ciencias políticas, economía del mercado laboral, saturan y tienden a desenclasar la problemática de la desigualdad. La pérdida de “voz”, la afonía de la sociología nos obliga a revisar y repensar al concepto desde sus orígenes, fundamentos, raíces teóricas, contradicciones y paradojas que lo carcomen y las debilidades epistemológicas subyacentes, a los efectos de sanear las bases de su rescate teórico.

Así las cosas, hoy las controversias principales sobre el concepto de clase social exponen tres grandes posicionamientos: los teóricos del “fin de las clases” que le ofrecen un sepelio honorable (Pakulski 2007; Pakulsky y Waters 1996); una mayoría que hace un uso rutinario y puramente descriptivo intentando salvar la clase a costa de ceder en su centralidad y alcances y prometiéndole una vida útil detrás de estadísticas multifactoriales o etnografías de estilos de vida; y aquellos que buscan rehabilitarla teóricamente intentando robustecerla haciendo converger las dos tradiciones fundacionales enfrentadas del campo de la sociología: weberismo y marxismo. En cierta medida algunos investigadores y teóricos dentro del campo de la sociología vienen intentando una suerte de contraofensiva que redobla la confianza en los pilares que le dieron origen. La respuesta al progresivo proceso de parálisis conceptual parece ser la reafirmación de las tradiciones en una suerte de “nacionalismo” sociológico que depone viejas antinomias y procura unificar y compactar enfoques. Ponerse la camiseta del antiguo rival es una manera de defender el campo disciplinar común.

El trabajo de E. Olin Wright (2015) “Understanding Classes” puede ser leído como el colofón de una larga serie de desarrollos teóricos de la sociología académica sobre las clases sociales abiertamente inspirada en el intento de terminar con las “batallas de paradigmas” y unificar la formulación teórica en torno a la convergencia de las tradiciones marxianas y weberianas. El mismo Wright denomina lo que propugna como “enfoques integrados” del análisis de clases, un poco a la manera de la teoría del campo

unificado en física que intenta fusionar la relatividad con la cuántica. Esta contribución póstuma de uno de los más importantes sociólogos marxistas de las clases es un intento de refinar, criticar y mejorar desarrollos “integradores” anteriores relativamente recientes como los de Sorensen, Grudsky, Mann, y Tilly, entre otros.

Sin embargo, el trabajo teórico de integración de paradigmas reconoce muchísimos antecedentes desde Dahrendorf hasta Giddens y desde Bourdieu hasta Parkin. Un muy recordado artículo de Val Burris (1995) lo planteaba de manera directa y contundente. La sociología si quería consolidarse como ciencia no podía tener tantas desavenencias en torno a una de sus categorías fundantes. La búsqueda de las diferencias cedió paso a la búsqueda de las articulaciones teóricas y al intento de modelizar un esquema de análisis unificado lo suficientemente abierto y flexible como para poder usarse de manera generalizada en los estudios empíricos y, sobre todo, para salvar el concepto de clase de su paulatina declinación.

En lo que sigue no vamos a preguntarnos por la posibilidad de la convergencia marxiano- weberiana o por el acierto o los defectos de las propuestas y discusiones específicas a que dan lugar los enfoques “integrales”, sino que vamos a interrogarnos por algo previo y más enterrado en las raíces de nuestra disciplina: ¿cuán viciadas y sólidas son esas tradiciones fundacionales?, ¿qué es lo aprovechable y cómo se debería trabajar teóricamente con las premisas dejadas por los padres fundadores? Vamos a indagar la trama irresuelta y la precariedad de las premisas fundacionales<sup>2</sup>. No se trata de hacer exégesis o hermenéuticas nuevas de los textos conocidos de los padres fundadores sino de señalar las inconsistencias e insuficiencias que persisten y se agravan en las sistematizaciones y modelizaciones que exhibe como tendencia la teoría social contemporánea. Nos proponemos establecer un control lógico y epistemológico de la modelización de la tradición sobre la que trabajan los teóricos, dinamitar sus supuestos y mostrar sus implicancias. En este sentido vamos a trabajar con una reducción proposicional del *mainstream* o estándar sobre el que teorizan los partidarios de los enfoques integrales y sacar las conclusiones forzosas de los mismos, los callejones sin salida a las que nos conducen. Vamos a tratar de mostrar las tres fisuras ocultas de los pilares sobre los que se edificó la teoría de las clases en ambas tradiciones: la

---

<sup>2</sup> Un desarrollo de la discusión que va más allá de la teoría social clásica puede verse en (Gómez, 2014a).

irresolución de la especificidad de la clase frente a estamentos; las vacilaciones en la imputación causal de la eficacia histórica de la clase; y las inconsistencias y paralogismos de las premisas en que se basa el modelo “base” unificado de conceptualización formal de la clase como categoría analítica.

### **Ambigüedades de origen: la irresuelta especificidad de la clase**

El origen de la visión clasista de la sociedad moderna, posfeudal y posabsolutista, parte de la certeza de la ausencia de un criterio suprasocial de orden. Luego de las revoluciones americana y francesa, las jerarquías en la forma de privilegios como ordenadores de las relaciones sociales y demarcadores de grupos, ya no pueden extraerse de tradiciones o creencias, ni mucho menos de la consanguinidad, de títulos nobiliarios ni de la providencia divina. Ahora las jerarquías, el orden de diferencias, debe verse como producido por la misma interacción entre los hombres. En términos hegelianos, las diferencias ya no son dadas sino puestas. En términos de la sociología funcionalista, ya no son adscriptivos sino adquisitivos los atributos que diferencian: la propiedad económica (y su libre intercambio) como nuevo ordenador secular y terrenal de las relaciones sociales. En esto consiste la modernidad de la visión de la sociedad en términos de clases. Marx, y también Saint Simon y Proudhon entre otros, daban cuenta de un nuevo principio organizador de las diferencias, un principio de jerarquía y de agrupamiento completamente distinto al de los estamentos aristocráticos.

Hay pocas dudas de que las primeras reflexiones sobre el orden y las jerarquías sociales en la naciente sociedad burguesa estaban bajo la órbita de esta dicotomía (clase-modernidad burguesa vs. estamento-tradicionalismo aristocrático). Sin embargo, pronto se vería que el concepto de clase quedaría enmarcado de dos maneras bastante diferentes en la forma de resolver la ruptura con la sociedad del *ancien régime*. Por un lado, el pensamiento crítico radical sea más revolucionario (Marx) o más reformista (Saint Simon) y, por otro, el pensamiento conservador sea más liberal (Tocqueville) o más reaccionario (Burke). La visión conservadora de la sociedad de clases tiene su más clara expresión en A. de Tocqueville (2004: 150 y ss) que veía el caos de la lucha por los estatus y las estratificaciones cambiantes, la completa inestabilidad y la precariedad de las pautas de diferenciación jerárquica, su tendencia a la individualización, y su naturaleza emulativa y competitiva. La misma pérdida de visibilidad, fijeza y rigidez de

las barreras entre jerarquías, la movilidad de las distancias sociales, la completa inseguridad de la propia posición relativa frente al resto genera lo que podríamos llamar la deriva “estrato-estatus” del concepto de clase. Una sociedad que no admite diferenciaciones fijas e irreversibles está condenada a la dispersión de intentos de ascenso y ampliación de las diferencias de jerarquía, cualesquiera sean estas. La sociedad burguesa clasista era vista en la lente conservadora como una expresión del libre dar rienda suelta individual a la “pasión por la igualdad” (igualdad emulativa con los de arriba siempre acompañada del efecto inverso de escapar a la cercanía con los de abajo) que hacía imposible cualquier orden de posiciones duraderas. La libre búsqueda de la igualdad y la igualdad en la búsqueda libre de diferencias es el marco de comprensión liberal conservadora de la sociedad clasista moderna.

Por otro lado, anarquistas, socialistas y comunistas sostienen una visión muy distinta: la sociedad de clases consagra diferencias tajantes, barreras cada vez más firmes y colectividades enfrentadas de manera inevitable. Las asimetrías de la sociedad burguesa cambian de fuentes y de origen (ya no los linajes consagrados por la providencia divina sino la propiedad de los medios de producción) pero no de carácter ni de medida. En este sentido las clases son vistas como grupos fijos, estables, bien definidos, bien separados, y crudamente enfrentados. En esta visión de la modernidad, el concepto de clase está asociado a una deriva “cierre-polarización”. Las clases serían como estamentos “modernos”, colectivos sólidos y nítidos, definidos sobre bases materiales y enfrentados entre sí.

De acuerdo a Nisbet (1979: 11) el modelo de "clase" que tenían en mente los pensadores del siglo XIX era curiosamente el último vestigio exitoso del orden aristocrático perimido: los terratenientes ingleses, que se suponía iban a terminar de ser reemplazados por los industriales. El secreto atractivo residía en que su poder colectivo ya no estaba atado a privilegio o ventaja política, legal o religiosa, sino a su propiedad económica, y que mediante ésta habían logrado representación política, control administrativo y de la fuerza armada, la iglesia y la cultura. El "gentleman" condensaba propiedad, poder y prestigio además de abolengo. Había homogeneidad, consistencia económica, política y cultural, y una férrea transmisión hereditaria que permitía perpetuarse sin diluirse. Este grupo poseía un atributo conceptual que la noción de clase siempre ambicionó: era capaz de moldear la sociedad y por tanto era agente de cambio

social. Según Nisbet, Marx tiende a volcar sobre el concepto de clase las características heredadas de los terratenientes victorianos y las proyecta en la nueva clase dominante ascendente: la burguesía industrial. Si esta lectura de los orígenes de la noción de clase es correcta, entonces "clase" aparece revestida con la misma forma, similar morfología que estamento, pero con otro contenido sociológico, otro material histórico. Lo moderno sería este contenido de fuerzas productivas en expansión y relaciones de producción fabriles, nuevas ideas de progreso y libertad individual, etc. pero su consumación en sistema de diferencias se realiza en un formato social semejante a los viejos y tradicionales grupos jerárquicos: cerrados, estables, homogéneos. La mezcla estamental tradicional victoriana con ascenso burgués es la que permite construir la imagen de una clase burguesa robusta y consolidada que combina jerarquía cerrada con capital. Las clases se diferencian de los estamentos más por el contenido que por la forma social.

Así, la conceptualización de clase se debate entre clase-estrato abierta y clase-estamento cerrada desde la gestación misma de la sociología. Lo llamativo es que el carácter moderno/tradicional del concepto quede disociado del clivaje que atravesaba el pensamiento social: conservador/revolucionario. De un lado, la forma abierta clase-estrato de las posiciones liberal conservadoras se contrapone nítidamente al estamento mientras la forma cerrada y polarizada de clase del pensamiento radical conserva secretos lazos con las pasadas jerarquías cerradas de privilegio.

En el mismo sentido, los que propugnaban un socialismo científico creían encontrar en la nueva sociedad un orden legaliforme firme con bases bien establecidas (leyes económicas o de la acumulación) capaces de imponer tanto formas tajantes de diferenciación social como un destino de lucha y cambio histórico. Pero al hacer esto, es decir, deducir las diferencias sociales de fuerzas económicas e imperativos históricos, repetían una determinación de las diferencias sociales desde una exterioridad explicativa. En sentido análogo a cómo la providencia divina determinaba imperativa e ineluctablemente las diferencias estamentales, los dictados de las leyes del valor y la acumulación colocaban a los individuos en distintas clases. Las férreas divisiones sociales se mantienen, pero ya no provienen de la herencia de sangre instaurada por la voluntad divina si no de la herencia de los títulos de propiedad consagrados en el altar del derecho individualista e igualitario. En este respecto el pensamiento conservador ve con ojos más

secularizados la sociedad capitalista que aquellos con los que la miraban los pensadores más radicales. En definitiva, la visión revolucionaria iluminista ve en las clases "estamentos" disfrazados, ve la continuidad de la forma y el cambio del contenido. Las clases son los equivalentes modernos de los estamentos y no un principio radicalmente novedoso de organización inestable y lábil de diferenciación social.

El uso inaugural del concepto *Klasse* en la Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel (Marx 1978) en 1843, luego de tomar contacto con militantes obreros franceses y alemanes trabajando con Arnold Ruge en París y claramente influido por las referencias al proletariado de Blanc y de Saint Simon, muestra un concepto de clase con una enorme carga normativa: el trabajo directo y concreto de los desposeídos se asocia al destino histórico de la emancipación humana. La clase con "cadenas radicales" tiene a su cargo la emancipación de la humanidad misma. La potencia inusitada del texto de Marx (que luego llegaría a su punto culminante con el Manifiesto Comunista) producirá con el tiempo un cambio definitivo en los usos del lenguaje: hasta ese momento proletario se usaba más como adjetivo, ahora asumía el papel de un sustantivo que designa un agente histórico decisivo (Furbank 2005: 84). Lo que era una nueva forma de hablar, una modernización del lenguaje para dar cuenta de nuevas realidades se convierte en una idea - fuerza, centro de una concepción del cambio histórico. Pero *Klasse* como centro de una odisea humana poseía claras connotaciones heredadas del viejo *Stand* ("estado" o estamento, sobre el que todavía reflexionaba Hegel). El aura finalista y normativa cambiaba completamente de contenido, pero seguía guardando su forma. La irresolución conceptual entre clase y estamento ha sido muchas veces señalada en el Manifiesto en donde siervos y señores se presentan como clases. Sin embargo, incluso antes del Manifiesto, Marx y Engels daban muestras de una fina percepción de la especificidad del sistema de clases. El carácter específicamente colectivizador de la lucha y la definición estrictamente relacional y conflictiva de la clase en contraposición con el estamento, lo plantean con claridad meridiana:

[...] su personalidad se halla condicionada por relaciones de clase muy concretas y la diferencia sólo se pone de manifiesto en contraposición con otra clase [...] En el estamento (y más todavía en la tribu) esto aparece aún velado; y así, por ejemplo, un noble sigue siendo un noble y un villano, un villano, independientemente de sus otras relaciones [...] El carácter fortuito de las condiciones de vida del individuo solo se muestran con la aparición de la clase (Marx y Engels 1971: 89).

Así, el naciente pensamiento revolucionario y -sobre todo- el marxismo ven claramente con ojos modernos que el antagonismo y la lucha colectiva son dinámica central del capitalismo. Mientras los conservadores sólo ven desorden e individualismo, anomia y ambiciones desmedidas, “vicios de la voluntad” y “falta de valores”, los marxistas ven la fuerza colectiva de transformación social por antonomasia. El conflicto interpretado como consecuencia de un individualismo disolvente, de una subjetividad atormentada por ambiciones ilimitadas, representa un punto de vista tradicional ciego a la modernidad como principio radicalmente rupturista. En definitiva, ambas raíces, defectuosamente secularizadas, ponen en riesgo la especificidad del concepto. El marxismo resalta la modernidad de la lucha y el conflicto, pero no logra separar las clases de los estamentos ni de imperativos providenciales disfrazados de fuerzas históricas. Las clases serían las formas modernas de los estamentos y no un principio radicalmente nuevo. En Tocqueville la clase pierde toda consistencia colectiva e histórica y remite al costumbrismo de las barreras y las distancias sociales entre individuos que no respetan ningún imperativo. Las clases serían un principio radicalmente rupturista, pero carecen de valor explicativo, consistencia colectiva y capacidad de acción eficaz.

Mientras los conservadores caían en un escepticismo melancólico, veían en el caos del revoltijo de intereses y ambiciones nada más que hombres, terrenalidad pura carente de toda gracia y trascendencia. A la inversa, entre los críticos radicales al orden burgués, la confianza en las leyes de la historia y la economía los hacía caer en un optimismo donde los hombres se erigían en portadores de fuerzas históricas descomunales que los enaltecían y dignificaban.

### **Las vacilaciones teóricas de Marx y Weber**

Está convertido en uso y costumbre consagrada colocar a Marx y Weber como exponentes de tradiciones teóricas enfrentadas. Marx como exponente de la tradición clasista estricta y Weber como el introductor de las premisas del esquema estratificador. Pero si nos detenemos en las tensiones presentes dentro del pensamiento de cada uno de ellos, podemos atisbar un panorama distinto. Tanto en uno como en otro, la novedad

que trae el concepto de clase está tironeada por líneas de fuga conceptuales contrapuestas.

Los textos de Marx sobre las clases ofrecen una variedad de puntos de vista alternativos cuando no directamente opuestos<sup>3</sup>. Atraviesa la obra marxiana una dualidad que ha sido reconocida hasta por los marxistas más convencidos (Sartelli 2013: 9) o menos convencidos (Elster 1992): la primacía como clave del cambio social e histórico vacila entre las estructuras inmanentes del modo de producción y la contingencia de la lucha de clases.

El Marx "economista" de sus obras mayores postula los fundamentos del orden social como inscriptos en las "leyes de hierro" del valor y la acumulación, por las cuales los hombres se diferencian y antagonizan al compás de unos procesos objetivos que los preexisten, dejan entrever la ilusión de una "objetividad natural determinante" como la que Newton había descubierto en la mecánica y Darwin en la biología. Según este esquema lo importante de la historia es lo que los hombres están forzados a hacer por "las condiciones objetivas independientes de su voluntad": las fuerzas productivas y las relaciones de producción. La lógica de esta forma de inteligibilidad de lo social conserva una creencia en imperativos que rigen a espaldas de los hombres y se sustraen al alcance de sus acciones. Las clases son pensadas sobre planos resueltos fuera de las acciones humanas. Estas ideas, sin embargo, no por ser las más divulgadas dentro de la tradición marxista, y las más influyentes en la sociología académica, fueron las únicas ni las más importantes o valiosas.

A contramano de todo economicismo, Marx tenía una idea muy clara del efecto disolvente que las presiones estructurales de la acumulación tienen sobre los individuos y los colectivos. El ciego poder impersonal de las fuerzas desatadas de la acumulación lejos de agrupar a los individuos, de dotarlos de una identidad, mancomunidad en la acción, los separa y los enfrenta entre sí. Está muy lejos de considerar que estas fuerzas alcancen para constituir clases e impulsar rebeliones. En sus trabajos histórico-

---

<sup>3</sup> Como aclara el no por viejo menos imprescindible trabajo de Ossowsky (1969: 91 y ss), la originalidad de Marx viene de su carácter de "lente gigante en la que se concentran rayos provenientes de los lugares más distintos" conformando una "síntesis exorbitante" que combina de manera inigualable múltiples campos del saber de la época (sociología, economía, filosofía, historia), elementos ético-normativos y fines revolucionarios con explicaciones positivistas de leyes de desarrollo histórico, tradiciones intelectuales europeas inglesas, germanas y francesas, coyunturas puntuales y procesos de largo plazo. Se podría observar que la potencia y riqueza de posibilidades teóricas es inversamente proporcional a la consistencia interna u organicidad conceptual.

periodísticos aparecen procesos de formación, lucha y alianzas de clases con una enorme riqueza de matices, bajo un apotegma bastante alejado de la vulgata marxista de teorización de lo social: "Las clases se constituyen en la lucha". Pero aun antes de estos trabajos y del mismo Manifiesto Comunista, en la crítica a la filosofía alemana poshegeliana esta concepción asoma nítida<sup>4</sup>, mostrando que es un vector permanente de los intentos de teorización marxiana. Si se presta atención aún en la clásica cita de la Misericordia de la Filosofía de 1847 (Marx 1975: 68) vemos el papel constitutivo de la lucha. Sin dudas el esquema "en sí/para sí" se arriesga a reducir la lucha a mediación necesaria prestándose a las prestidigitaciones teleológicas y transhistóricas que tan bien han denunciado Laclau y el posmarxismo. Pero, aun así, es elocuente el hiato que separa "determinación estructural" y "lucha". La primera es disolvente y opera a través de la competencia. Solo la segunda permite la "sustancialización" de la clase. En este punto, es muy clara la centralidad conceptual de la lucha de clases.

Los textos clásicos de Weber también están atravesados por duplicidades no resueltas, aunque en un sentido completamente diferente a las que detectamos en Marx. En la clásica referencia de Weber (1974) "clase" es conceptualizada como situación de mercado compartida. Se comienza por definir "situación de clase" como "conjunto de probabilidades típicas" de provisión de bienes, acceso a posiciones y destino personal. (Weber 1974: 242). Pero Weber, como Marx, es plenamente consciente de que "derivar" clase de distribuciones económicas termina con la posibilidad de asignarle algún tipo de consistencia interna y un papel socialmente activo. El problema es cómo hacer para que estos agregados lleguen a cumplir algún papel explicativo social y políticamente relevante. Este problema se ve reflejado en el absurdo salto conceptual que pega Weber cuando enumera los tipos de grupos humanos que conforman clases: propietarias (rentistas y arrendatarios, deudores y acreedores, etc.), lucrativas (típicamente capitalistas y obreros) y... ¡"sociales"! (basadas en el "intercambio personal y entre generaciones") adelantando que las primeras dos serían ... ¡¿clases "económicas" y no sociales?! La conceptualización weberiana empieza a navegar vacilante entre dos tendencias de desarrollo: 1) Por un lado, mientras Marx

---

<sup>4</sup> "Los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues por lo demás ellos mismos se enfrentan unos con otros, hostilmente, en el plano de la competencia [...]" (Marx y Engels 1971: 60/61).

contrarresta las coerciones disolventes de la acumulación con el carácter constitutivo del conflicto, Weber intenta corregir este riesgo convocando a "lo social" principalmente en las formas suaves del estatus, los modos de vida, la cultura, etc. y a "lo político", a través de las organizaciones que luchan por el poder. La idea weberiana de "clase" cobra importancia luego de haber sido "estamentalizada" (modos de vida comunes, estilos, cultura, etc.) y "partidizada" (organizada para ejercer poder) a través del recurso al factor de la continuidad intergeneracional en el tiempo, el *connubium*, la comensalidad, compartir estilos de vida comunes, proyección política para sus intereses<sup>5</sup>, es decir, la clase se convierte en "clase social" como elemento activo a medida que se aleja del mercado. Es claro entonces que las otras dos categorías, estamentos y partidos, en relaciones dinámicas con las situaciones de mercado permiten una base más firme de "acción comunitaria" con eficacia histórica. La fuerte presencia de los criterios estamentales ("el prestigio") muestra explícitamente que en el esquema weberiano hay elementos premodernos a los que sigue asignando eficacia. 2) Pero apenas nos detenemos un poco más en los textos vemos que la noción misma de "mercado" es vacilante e irresuelta. Por un lado, explícitamente recupera la definición desde la economía marginalista entonces en boga y aparece como instancia de asignación de valor que tiene su propio plano de inteligibilidad (cantidades ofrecidas y demandadas, precios). El mercado sería el distribuidor de "poder económico" y con ello de "situaciones de clase" e intereses comunes. La noción de "oportunidades de vida" como descriptor de clase es escandalosamente economicista y desembozadamente "utilitarista". Estas oportunidades están definidas previa e independientemente de las acciones de los individuos a través de los mecanismos marginalistas de fijación de precios en el mercado. Sin embargo, si se presta atención minuciosa al texto hay expresiones que no encajan en este esquema general de mercado como pacífica lógica distribuidora de oportunidades. Por ejemplo: por un lado, acepta "la distribución del poder de posesión en competencia e intercambio regidos por la ley de utilidad marginal" pero a continuación agrega algo mucho más propio de su estilo sociológico y sobre todo de su sociología económica:

---

<sup>5</sup> No puede pasar desapercibida la importancia de la relación clase/partido en el debate marxista (Nievas 2013) introduciendo de manera obviamente distinta la misma cuestión que aparece en el núcleo de la concepción weberiana.

[...] que tiende al monopolio y por la ventaja o desventaja en lucha de precios, de acuerdo a la obligación de tener que vender o intercambiar bajo la amenaza de comprometer la subsistencia o el patrimonio (Weber 1974: 683).

Claramente el mercado incluye un elemento coercitivo fuerte, una amenaza a la subsistencia o al patrimonio que no son simplemente "elecciones" o preferencias de agentes y evaluaciones de costo y beneficio. Con fuerza retórica afirma que esta coerción "es la que permite transformar la fortuna en capital" en tanto el despojo de los medios de trabajo y de otras fuentes de ingresos permite a los capitalistas disponer de mano de obra. Según esto, lo fundamental del mercado no sería fijar precios en un marco de libertad de decisiones, sino justamente lo contrario: a través del mercado se obliga a unos a hacer algo que de otro modo no querrían. Si la primera formulación marginalista conserva su propio plano de inteligibilidad de autorregulación de cantidades y precios, alimenta el carácter amorfo e inespecífico de la noción de clase, esta segunda es mucho más apegada a las acciones humanas y por tanto surge como línea de posibles desarrollos de una especificidad analítica. Hay entonces en Weber una tensión entre el planteo del mercado como forma presocial de asignación de valores diferenciales a posesiones (leyes de utilidad marginal) y un planteo del mercado como campo de acciones monopólicas y de uso de poderes de disposición que fuerzan o coaccionan conductas de otros fuera de toda ley de utilidades marginales<sup>6</sup>. Si uno repasa la obra de historia y sociología económica, Weber está a años luz de la ingenua versión "naturalista" de los mercados como árbitros neutrales pacíficos y eficientes. En este sentido, el notable trabajo de F. Parkin (1984) y su conceptualización del "cierre social" con su dinámica de lucha revaloriza esta dimensión agonal de los textos weberianos. En el mismo sentido va el reciente rescate del enfoque weberiano por E. Olin Wright (2015:

---

<sup>6</sup> En el mercado la legitimidad (aceptación del valor fijado de un bien) depende de la igualdad de reglas, de la garantía de libre disposición (propiedad privada) y de la habilidad en la negociación (el contrato). El valor en su forma mercantil del precio es un resultado anónimo y cómo tal tiende a ser inapelable. Sin embargo, los grupos cuando actúan como clases en el mercado empiezan por cómo incrementar la fuerza relativa de negociación intentando todo tipo de acciones para sesgar a su favor las reglas (política, lobby, etc.) y condicionar coercitivamente la libre disposición de la contraparte (no dejarle alternativas, monopolio, monoposonio, etc.). En definitiva, el contrato que es la relación social pacífica fundamental de la institución mercado, es el resultado de una serie de acciones que atentan contra el mercado y el libre intercambio bajo reglas de igualdad. Esto significa que los determinantes fundamentales del mercado en realidad casi siempre son extraeconómicos: la fuerza militar, política, la influencia, el prestigio, el acceso privilegiado a información, etc. A nadie le interesa realmente una autoregulación de cantidades y precios, preferencias y esfuerzos, de acuerdo a reglas dictadas por la... ¡matemática! Pero sin dudas, la matemática es una excelente pantalla de justificaciones para desarrollar todo tipo de acciones que so pretexto la igualdad de reglas y so pretexto la libre disposición maximiza el poder de los que ya lo tienen.

6 - 8): es el acaparamiento de oportunidades y el cierre social lo esencial de su contribución. En cambio, otros lectores de Weber (Laurin-Frenette 1993: 85) han enfatizado la impronta parsoniana y su formalización estructural funcionalista donde el individualismo metodológico y los mecanismos de recompensa selectiva a través de la competencia en el mercado constituyen el centro de su teorización.

Por último, una lectura de conjunto del pensamiento weberiano nos muestra que no escapa a la lógica del despliegue de conceptos defectuosamente secularizados: las tendencias a la racionalización instrumental-burocratización, a la mercantilización y al lucro, a la expansión de las formas de dominación legal racional en las asociaciones de dominación son una descripción que contrabandea una explicación que parece emerger de las profundidades del "espíritu occidental" e incluso las vincula con las religiones salvacionistas y "conexiones de sentido" cuyas raíces se hunden en las tradiciones y formas de conciencia. En este caso, el trascendentalismo vendría de una lógica cultural a la cual se accede por comprensión de sentido.

### **Las inconsistencias de la axiomática fundacional**

Los procesos de "modelización" teórica posteriores tanto de Marx como de Weber tendieron a negar la tensión y las contradicciones de los textos<sup>7</sup> y en vez de desarrollar la teoría a partir de ellas, optaron por disfrazarlas con axiomáticas simplificadoras.

En el caso del marxismo, ni siquiera Engels retomó el intento trunco de Marx de hacer una teoría de las clases orgánica a la analítica del Capital. Fueron Kautsky (1969 y 2000) con la supervisión de Engels, de un lado, y el marxismo soviético (Lenin, Plejanov, la Academia de Ciencias de la URSS, los sistematizadores del materialismo histórico como Makarov y otros) los que intentaron depurar los escritos de Marx de toda tensión para subordinarlos a las exigencias de la lucha política socialdemócrata o la construcción bolchevique del socialismo. Los primeros textos marxistas sistemáticos sobre las clases a partir de los cuales el marxismo entra al mundo académico y la ciencia

---

<sup>7</sup> Hay que recordar una vez más que Marx falleció sin siquiera terminar la tercera página del capítulo LII de El Capital sobre el tema y lo que se ha publicado de Weber no eran más que papeles de trabajo ordenados por los editores con criterios dudosos. En definitiva, los padres fundadores no llegaron a pensar la cuestión de las clases de manera directa y sistemática. La sociología académica ha tratado de convertir estos retazos heredados -materiales a veces de rezago- del trabajo de dos genios, en los pilares de un proyecto de comprensión de la sociedad.

institucionalizada no son los textos dispersos de Marx, muchos ni siquiera publicados o accesibles hasta después de la II Guerra, sino estas elaboraciones simplificantes<sup>8</sup> centradas en el par determinante: relaciones de producción/fuerzas productivas. En la segunda mitad del siglo pasado el estudio más completo de la obra total de Marx (en especial sus escritos de juventud), su publicación y difusión, permitió diversificar las claves de lectura y el eje de la lucha de clases recuperó importancia analítica en algunas expresiones del marxismo. Las corrientes del marxismo occidental tendencialmente tienden a reproducir la duplicidad teórica, no sin amplias variaciones: el estructuralismo, la escuela lógica del capital, el derivacionismo, el marxismo analítico, por ej., han sostenido renovada la vertiente centrada en conceptos como modo de producción, y los historiadores marxistas ingleses, el marxismo gramsciano, el maoísmo, los frankfurtianos han cultivado otras dimensiones de la herencia marxiana como la lucha colectiva, la hegemonía, la conciencia, la cultura, etc.

No es muy diferente lo ocurrido con el legado de Weber. La modelización simplificadora no provino de su inscripción política sino científico-académica, operada por Parsons, verdadero importador de los conceptos weberianos de la teoría de la acción y su retraducción y asimilación a un esquema funcionalista y sistémico. Junto con Tumin, Bendix, Lipset y otros contribuyeron a reducir el problema de las diferencias sociales a distribuciones de recompensas reguladas por mercados, y a una lucha competitiva por “prestigio” completamente descolectivizada.

Sin embargo, con el transcurso del tiempo y las mutaciones en el marxismo y la sociología occidental, ambos legados comenzaron a converger hacia una suerte de matriz común que llamaremos programática marxistizadora/weberizadora<sup>9</sup> que constituye el *mainstream* general académico de la teorización sobre las clases. El último libro de E. Olin Wright (2015: 2-18) lleva esto al límite propugnando desde el marxismo un explícito “pragmatismo teórico” que permita un “análisis integrado” dejando de lado las “batallas de paradigmas”. Ya en los '80 Parkin le había reprochado a Wright que “dentro de todo marxista hay un weberiano pugnando por salir” y éste le había

---

<sup>8</sup> Ver sobre todo los señalamientos de Przeworsky (1988: 62) sobre la importancia de Kautsky en este punto.

<sup>9</sup> Sobre una modelización del análisis de clase basado en el cruce entre ambos enfoques pueden verse desde Dahrendorf (1979) a Giddens (1981) entre los más weberianos, y de Val Burris (1995), Van Parijs (1995) y el mismo Wright (1996, 2005, 2015) entre los provenientes del marxismo.

retrucado que “todo weberiano está condenado a convertirse en marxista al final del día”.

El texto de Wright se inscribe como la forma más lograda de lo que podemos llamar el proyecto clásico o fundacional de reivindicación del concepto de clase como clave de inteligibilidad de lo social. Los numerosos exponentes de ese proyecto oscilan entre la lectura weberiana de Marx (alivianar la determinación estructural con el concurso de otros niveles de análisis culturales y políticos) y la marxiana de Weber (endurecer los factores objetivos y el antagonismo).

Mediante el expediente de la abstracción proposicional vamos a modelizar las bases de esta matriz unificada, es decir, los presupuestos o premisas de partida que constituyen el armazón compartido por weberianos y marxistas. El núcleo común que conforma el alcance de la categoría "clase" tiene tres condiciones axiomáticas:

- designa ciertos colectivos formalmente "abiertos" (los individuos pueden entrar y salir de ellos, la pertenencia no es prescriptiva) de gran escala y de fisonomía o morfología homogéneas;
- están consolidados detrás de fronteras "invisibles" trazadas por mecanismos fácticos (mercado, acumulación de capital, “cierre social”) que vienen dados por "relaciones impersonales" o anónimas, relaciones sociales forzadas por la "objetividad" de distribuciones diferenciales de determinados recursos o bienes (“coerción estructural” en Giddens);
- donde los atributos y comportamientos de estos colectivos y sus miembros responden a uno o varios criterios (propiedad, cultura, prestigio, poder) que los hace potencialmente privilegiados a la hora de explicar el cambio social e histórico.

Estas propiedades formales conforman una suerte de programática establecida por las tradiciones intelectuales y académicas que erigieron a Marx y a Weber como sus padres fundadores. Cada una de estas premisas se especifican de manera diferente en cada teórico que condimenta y mezcla a su manera. Cada una de estas premisas tiene una resolución distinta y hasta opuesta entre las distintas teorías: en general los weberianos van a enfatizar más el carácter abierto y la movilidad y los marxistas el carácter cerrado y polarizado; los weberianos van a encontrar las coerciones tanto en el plano de la distribución y el consumo como en el plano de la producción y los marxistas

lo van a hacer en el plano de la explotación del trabajo en la producción únicamente; los marxistas van a defender la primacía de la clase y su eficacia histórica y los weberianos la van a relativizar y secundarizar respecto de otros procesos políticos y culturales. La enorme cantidad de polémicas y controversias, incluso el diálogo de Wright con otros autores, han tendido a moverse en esas direcciones, pero conservando la matriz fundamental de presupuestos comunes. Pero aquí no se trata de fijar posición sobre esto ni de arbitrar sobre las alternativas abiertas por las premisas, sino que vamos a detenernos en las contradicciones entre los mismos presupuestos. Son las contradicciones internas del mismo armazón lo que nos ocupa y no la forma en que ese armazón se rellena o completa.

La decadencia teórica de la clase no hay que buscarla en la crisis del marxismo o en las degeneraciones funcionalistas del weberismo, sino más radicalmente en las notorias contradicciones entre las premisas de base que postula la programática fundacional donde convergen ambas tradiciones y que hacen resaltar los déficits del concepto de clase.

Esta axiomática "clásica" de las clases lleva a cuatro problemas no resueltos que incluyen contradicciones lógicas:

a) Lo primero que golpea los ojos es la evidente incongruencia de "grupo formalmente abierto, pero fácticamente cerrado". Marx y Weber enfatizaban la reproducción acelerada de las diferencias (concentración de la propiedad, "tendencia al monopolio", etc.) entre grupos. La problemática clásica tiende a excluir la cuestión de la movilidad social que termina siendo rehén de la sociología de la estratificación norteamericanizante (que también abrevó en el Weber "marginalista") encargada de atenuar el componente de "cierre fáctico" para hacer su apología de la sociedad "abierta".

b) Si las clases son colectivos producidos por efectos distributivos "forzados objetivamente", no podrían constituir colectivos efectivamente abiertos y si se mantiene que son colectivos abiertos, no tendría sentido explicarlos por distribuciones forzadas por criterios objetivos. La cualidad de que las clases no pueden ser fijas es el atributo que ni más ni menos las diferencias de otros modos de diferenciación social como las castas y los estamentos. El principio de que las posiciones no están atadas de manera definitiva por criterio alguno, que las fronteras entre clases son necesariamente

porosas y formalmente inexistentes como derecho, hace que los individuos y grupos puedan cambiar de posiciones y evadirse o no responder a las coerciones estructurales. La contradicción entre apertura y coerción estructural pone una disyunción: si las clases implican movilidad efectiva, no puede haber coerción objetiva, y si las clases son producto de la coerción objetiva no puede haber movilidad entre las mismas.

c) Si las clases son colectivos potencialmente privilegiados para explicar el cambio, entonces en algún punto inciden sobre las fuerzas objetivas como determinantes y así estas fuerzas dejan de ser "objetivamente" determinantes, ya que estarían expuestas a lo determinado. Si las clases son elementos históricos activos, no pueden ser objeto de explicaciones basadas en objetividades como leyes de la acumulación, fuerzas productivas, mercado, etc., y si son explicadas por fuerzas objetivas, no pueden ser elementos históricos activos. La influencia de las clases en el cambio social está ausente en los enfoques funcionalistas y Weber subrayaba las tendencias a la modernización-racionalización-burocratización como proceso paulatino, acumulativo, abarcativo, multidimensional, donde la movilización de clases no aparece como factor explicativo importante. Los marxistas han tendido a ver la eficacia estructural de la clase solamente en el momento revolucionario. Es únicamente en el paroxismo de las contradicciones y las crisis cuando las clases cumplen un papel decisivo históricamente. Para los primeros las clases simplemente acompañan procesos omniabarcadores, para los segundos asumen un rol decisivo en momentos culminantes del despliegue de las contradicciones entre estructuras. En definitiva, en ambos enfoques el papel "activo" de las clases está restringido y traiciona las promesas del concepto.

d) *Last but not least*, lo que podríamos llamar la gran aporía del concepto "autofundamentado". Entre los atributos generales o propiedades formales del concepto está el que promete su productividad explicativa y científica, a saber, el criterio de "relevancia": las diferencias "clasistas" son fundamentales para la explicación del cambio y el orden social. Justamente la importancia del estudio de las diferencias clasistas obedece estrictamente a este punto: la vida social depende de ellas. Pero detrás de esta "obviedad sociológica" se esconde un brutal pleonasma, lo que explica está incluido en lo explicado. La denotación de cambio u orden social en sentido estricto tiene por parte principal justamente la estructura de clases, ¿qué otra cosa distinta o

más importante designa orden social que las diferencias que atraviesan la vida colectiva?

Bajo esta programática no se puede inferir otra cosa que el concepto de clase, tal como quedó formalizado merced amputaciones y cirugía estética embellecedora de las sugestivas y contradictorias herencias weberiano-marxianas, es nítidamente redundante y paralógico, autoexplicativo.

El supuesto de la coerción económica unívoca y monótona según el cual la posesión de alguno de los bienes (medios de producción, fuerza de trabajo, calificaciones, autoridad, etc.) tiende monótonamente a reproducirse es el supuesto central de todo el paradigma fundacional de la matriz weberiano-marxiana y que ha sido expresado de manera esquemática pero iluminadora por Van Parijs (1995) como "triple determinación" por la distribución de bienes estratégicos. Ya no importa tanto la identificación fija del bien que opera el efecto de enclavado (en esto hay una clara concesión al multicausalismo weberiano y la diferenciación por clases no se ata a ningún bien en particular) por eso se incorpora la noción de "bienes estratégicos". Según este trabajo la ecuación fundamental de la determinación clasista está explicada en tres proposiciones:

1) "La distribución de Bienes estratégicos determina la distribución de Ingresos y Poder", postula la existencia de clases;

2) "La distribución de Bienes estratégicos determina la Conciencia y la Acción", postula que las clases son explicativas;

3) La tercera proposición es la más importante y la que revela la lógica profunda de la programática clásica: "que los bienes estratégicos distribuyan ingresos y poder, determina que los bienes estratégicos determinen la acción y la conciencia".

Esta proposición es el corazón de la axiomática fundacional e indica que la conciencia y la acción deben reproducir la distribución de bienes que generan las asimetrías materiales que las hacen posibles.

No es como se piensa comúnmente el simple encadenamiento: Bienes Estratégicos >> Ingresos/Poder >> Conciencia y Acción.

Sino: (Bienes >> Ingresos/Poder) >> (Bienes >> Conciencia y Acción) (Van Parijs 1995: 192 y ss).

Porque a la teoría de las clases en su programática clásica sólo le interesan ingresos y poder en tanto dependen del control de bienes estratégicos y sólo le interesa la conciencia y la acción de las que depende el futuro de la distribución de bienes estratégicos (reproducción de las clases). O el concepto de clase no puede explicar sino la eternización y la tendencia a la reproducción de las distribuciones de bienes estratégicos y, así, no puede explicar el cambio, por lo que quedaría completamente devaluada su potencia y alcance o, si explica el cambio, entonces las distribuciones de partida no generan forzosamente efectos reproductivos y no reproducen monótonamente las distribuciones de partida. No se puede tener la torta y comerla. No se pueden plantear amplios alcances explicativos del orden y el cambio y pensar que un dispositivo conceptual circularmente reproductivo puede llevarlo a cabo. Es claro que el razonamiento que va del orden al orden no explica el cambio pero tampoco el orden ya que de esta forma el orden consiste en ... ¡mantener el orden! En definitiva, en la lógica del canon clásico la conciencia y la acción están esclavas de los bienes estratégicos, y el esquema de determinación roza la tautología y la petición de principio ya que ingresos, poder, conciencia y acción son meros mediadores de la estructura de la distribución de bienes. Esta tiranía de las distribuciones de partida de bienes estratégicos es la mejor formulación teórica de la "desnuda coerción económica". Pero la coerción estructural conspira contra la promesa fundamental de la teoría de las clases: explicar el cambio social.

En efecto, la lógica más elemental del pensamiento fundacional expresada en la triple determinación queda fijada a la tiranía de las "distribuciones de partida" y a la reproducción monótona inercial de las asimetrías iniciales que queda plasmada en la secuencia engañosa de todo eclecticismo constructivista: estructura de clases - formación de clases - conciencia de clases - lucha de clases. Según esto la clase tendría (como Dios) una triple existencia: como estructura, como grupo y como actor o sujeto social.

Un concepto así solo puede explicar la estabilidad y la perpetuación, pero está inhibido de entender el cambio y la movilidad, además que deja en un extraño cono de sombra los procesos de conversiones entre bienes estratégicos (cambios en la composición de tipos de "capitales" en la terminología de Bourdieu). Así, puede objetarse cómodamente que la constatación empírica e histórica muestra que la

geometría social de los bienes estratégicos es variable y no constante. Las clases se reproducen generalmente no replicando las distribuciones de partida sino diversificando y alterando el carácter estratégico de los bienes propios y los de sus oponentes.

La apariencia de "objetividad" para los intereses de clase que se alcanza al atarlos a la distribución de bienes específicos, que se presentan como "estructurales" en el sentido que tienden a reproducir la misma distribución que les da origen, debe ser desechada. Con ello no hay modo de explicar la movilidad y las tendencias a convertir un tipo de capital en otro (típicamente, fuerza de trabajo por propiedad o propiedad económica por educación y cultura, propiedad productiva por propiedad financiera, propiedad financiera por propiedad intelectual, patentes tecnológicas, etc.) ni tampoco la necesidad perpetua de jugar posiciones en los campos de la política, la cultura, etc. Esta programática de base prolonga un equívoco: buscan un nivel preclasista que fundamente la clase, un principio explicador de la clase que al mismo tiempo la haga explicativa.

La centralidad de los bienes estratégicos como clave analítica implica un tratamiento apriorístico que sitúa a las clases preexistiendo a la lucha y el conflicto. El carácter estratégico de un bien cuando es presentado como derivado de un orden de inteligibilidad resuelto antes de la acción humana, deviene concepto animista: hay tipos de bienes que tienen su propia dinámica, automovimiento, de la misma forma que la física aristotélica predicaba propensiones a los objetos físicos. El carácter estratégico de un bien no puede deducirse de un orden de intelegibilidad *ex ante* el conflicto y las prácticas de lucha. La búsqueda del oro sociológico, la ilusión de un privilegio causal, de una ontología supraordinante es un síntoma de secularización débil del concepto de clase.

### **Hacia la radicalización posfundacional del concepto de clase**

El carácter moderno secular de la visión de la sociedad se cifra en el principio de renunciar a todo fundamento trascendental de la vida social. El orden social no puede ser ya regido por principios extrasociales (Touraine 1994: 17). Este apotegma está formulado genialmente por Marx como "la terrenalidad del pensamiento" y la primacía

“de la práctica y la actividad humana” que consagra en las Tesis sobre Feuerbach y también en su rechazo juvenil del idealismo hegeliano. Pero si lo secular “intramundano” es tomado como ley secreta de la acumulación, el capital, “la historia”, entonces la inteligibilidad se cifra en lo “submundano”, es decir, lo único que ocurre conceptualmente es que un orden “trascendental” suprasocial se reemplaza por otro orden “trascendental” subsocial. El trascendentalismo cambia de lugar, simplemente se hace más solapado. La secularización, la modernidad teórica, exige que el orden explicativo no pueda estar en un plano lógico y epistémico distinto del orden explicado: cambiar un orden supramundano religioso por otro submundano profano no garantiza este sano imperativo de homeomorfismo teórico de no hacer trampa desdoblado los planos entre *explanan* y *explanandum*<sup>10</sup>.

La representación clasista de la sociedad según este programa “fundacional” marxiano-weberiano impulsado por una sociología simplificadora que deja de lado las contradicciones de los textos clásicos en vez de trabajar con ellas, postula relaciones epistemológicamente contaminadas entre el tener y el hacer. La exterioridad conceptual del hacer y el tener y la soberanía del tener sobre el hacer merecen ser repensadas cuidadosamente. Según el canon inspirado en Marx y Weber -aunque previamente escamoteadas sus contradicciones y ambigüedades- el “tener” responde a un criterio distribucional y diferenciador completamente externo e independiente analíticamente del “hacer”, sea basado en la escasez regulada por el mercado o sea basado en la generación y la acumulación del plusvalor. Deducir las clases de la propiedad (“el tener” medios de producción, educación, prestigio, poder, etc.) es simple pero engañoso: son las clases con sus acciones las que establecen el “poder efectivo” de algunos tipos de propiedad en vez de otros, sus distribuciones y límites. La teoría social clásica tiende a pasar por alto el hecho de que el mercado es también un objeto destinatario de las acciones de clase y no una fuerza causal presocial, el reino de precios, cantidades y deseos. Las capacidades de mercado y la distribución de “oportunidades” son objeto y resultado de la lucha clasista y no sus puntos de partida. Las clases se forman no por el mercado sino, en el mejor de los casos, a pesar del mercado e intentando moldearlo. Lo

---

<sup>10</sup> Justo es reconocer que fue Poulantzas (1985) el primero en detectar este problema de “falacia del nivel equivocado” en el marxismo cuando de manera taxativa afirma que clase es un concepto que corresponde al campo de las relaciones y prácticas sociales y no al campo de las estructuras.

mismo puede decirse del capital: no es una sustancia constituida en forma autopoiética impelida por un mecanismo interno del que derivar diferenciaciones sociales sino una trama de antagonismos sociales, es decir, las clases ya están en el capital.

El privilegio a las "distribuciones de partida", que se encuentra en la base de esta programática teórica, coloca al hacer como subsidiario del tener. Pero si el tener no es conceptualizado desde el hacer, entonces es imposible completar la secularización del concepto (entendido como primacía de la actividad práctica humana) y hay un trascendentalismo mal disimulado: la vida social se entiende desde la propiedad y no la propiedad desde la vida social. Es que los atributos estratégicos de los bienes son deducidos no de las acciones, las prácticas, las luchas, las creencias o el hacer humano terrenal sino de un plano de inteligibilidad previo, resuelto *ex ante* todo ello. Las "condiciones objetivas independientes de la voluntad" no pueden ser vistas como impelidas por una ley inmanente de desarrollo (sea la plusvalía o la racionalidad formal) a espaldas de los mismos sujetos y haciendo abstracción de las mismas relaciones entre los sujetos.

La acción es constituyente de lo dado-objetivo y las condiciones. Algo es condición objetiva respecto de una acción, no en sí mismo. Además, las acciones toman las condiciones como objeto de la acción, sea para convalidarlas o para cambiarlas. En las teorías débil o deficientemente secularizadas la producción social del "otro" tiende a formularse como "efecto de estructura", como portadores de atributos derivados de un orden de inteligibilidad que los preexiste. Aquí hay un argumento de corte epistemológico adicional para coincidir con M. Foucault que veía con razón al clasismo marxista como variante del racismo. ¿Qué diferencia hay entre generar la otredad y la diferencia desde la sangre o una divinidad y desde una ley económica o desde el derecho de propiedad? si en ambos casos la diferencia se genera a espaldas de los sujetos y en campos de inteligibilidad fuera de su alcance, ajenos a sus propias acciones y prácticas.

En realidad, lo que debería ser la piedra angular de una teoría de las clases no son las condiciones objetivas independientes de la voluntad (la famosa formulación de Marx del "Prefacio") como generadoras trascendentales de diferencias, antagonismos y asimetrías sino lo que los hombres hacen o intentan hacer con ellas. El plano adecuado de inteligibilidad de las condiciones objetivas ¿es anterior y separado del de la acción humana o está en el mismo plano de la acción humana? Como en alguna carta decía

Engels: la historia es el producto deliberado o no de las acciones de los hombres; ni grandes naciones, ni grandes riquezas, ni grandes ideas hacen la historia, solo importa lo que los hombres hacen con todo ello y sus consecuencias.

Una reformulación secularizadora del concepto de clase supone que ningún tipo de propiedad es estratégica en sí misma, porque eso sería deducir su carácter de un orden de inteligibilidad trascendental. Por tanto, el carácter de una posesión, su valor, su eficacia, su "poder" constitutivo del lazo social, solamente puede analizarse en su inscripción en luchas, tensiones, oposiciones, conflictos y resistencias.

¿No es en la lucha, en el conflicto, en la confrontación, donde se ponen en blanco sobre negro las "objetividades" en danza?, ¿la objetividad se puede deducir de un orden real legaliforme positivo (mercado, capital) o de universos de sentido (en el weberismo) independientemente de lo que obren mujeres y hombres? En la tercera parte del ambicioso trabajo de Wright (2015) aparece la necesidad de integrar conceptualmente la lucha en la teoría de las clases, pero sorprendentemente se dedica a desarrollar la idea de "compromiso positivo de clase" en el contexto actual del capitalismo globalizado y financierizado. No ofrece casi ningún desarrollo conceptual pero implícitamente se maneja con un esquema que deja la lucha de clases como "realimentación", como efecto que vuelve sobre sus causas, como pugna de los grupos sobre condiciones materiales de partida que los definen.

Lo que necesitamos, en consecuencia, es un modelo macro dinámico recurrente en el que las luchas generadas por las relaciones sociales contribuyan a la trayectoria de cambio de las propias relaciones. (...) combina este tipo de macro modelo dinámico del conflicto y las transformaciones con el modelo multinivel macro-micro de procesos de clases y vidas individuales. En este modelo, se combinan los puntos esenciales de los enfoques de estratificación: el marxista y el weberiano (Wright 2018: 18).

En este sentido, tal como plantea la expresión de Marx: lo que debiera teorizarse es el carácter constitutivo de la lucha para las clases y no de las clases para la lucha. Las luchas no son procesos secundarios o condicionantes ulteriores, sino procesos constitutivos de las clases<sup>11</sup>. Por eso que al momento de caracterizar el conflicto de clases del capitalismo actual Wright no tiene más remedio que desplegar "nuevos

---

<sup>11</sup> Un planteo teórico y una serie de análisis empíricos e históricos de este tipo se pueden encontrar en extenso en (Gómez 2014a, 2014b).

sujetos” (cooperativas, economía social, finanzas solidarias, etc.) que no estaban presentes como tales al momento de las precisiones conceptuales de la lucha de clases.

Si el paradigma fundacional consumado sobre la compactación forzada de los contradictorios y muchas veces confusos e irresueltos desarrollos de los textos de Marx y Weber adolece de una deficiente secularización, es en los mismos padres fundadores donde se puede buscar la inspiración y los elementos primarios para superarla, para reimpulsar el concepto. Abreviar en los clásicos es la forma de salir de la trampa en que los canonizadores los terminaron convirtiendo mediante el expediente de la supresión de tensiones y contradicciones. Trabajando sobre las tensiones, las contradicciones y las incongruencias es que podemos encontrar una serie de pistas que nos encaminen en la dirección deseada: que no puede ser otra que nuevas contradicciones e irresoluciones. En cierto sentido, la secularización de la lectura de los clásicos es condición previa para secularizar la categoría de clase. Al misterioso padre de la patria mexicano, el cura Miguel Hidalgo, se le atribuía haber dicho “Se reza de rodillas, pero la Biblia hay que leerla de pie”. Con muchísima más razón a “El Capital” y a “Economía y Sociedad” hay que leerlos de pie.

### **Bibliografía utilizada**

Gómez, M. 2014a. *El regreso de las clases. Clase, acción colectiva y movimientos sociales*.

Buenos Aires: Biblos.

-----2014b. “Antagonismo sin clases y clases sin antagonismo en Laclau” en *Revista Utopía y Práxis Latinoamericana. Revista Internacional de Filosofía y Teoría Social*, Año 19, N° 64, pp 67-82.

Bottomore, T. y Nisbet, R. 1988. *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.

Burris, V. 1995. “La síntesis neomarxista de Marx y Weber sobre las clases” en Julio Caravaña y Andrés de Francisco (comps.), *Teorías contemporáneas de las clases sociales*. Madrid: Pablo Iglesias.

Dahrendorf, R. 1979. *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Madrid: RIALP.

Elster, J. 1992. *Una introducción a Karl Marx*, México: Siglo XXI.

- Furbank, P. 2005. *Un placer inconfesable o la idea de clase social*. Buenos Aires: Paidós.
- Giddens, A. 1981. *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*. Madrid: Alianza.
- Giddens, A. y Held, D. 1982. *Classes, Power and Conflict. Classical and Contemporary Debates*. Berkeley, Los Angeles: University of California Press.
- Kautsky, K. 1969. *Las tres fuentes del marxismo La obra histórica de Marx*  
<https://www.marxists.org/espanol/kautsky/1907/lastresfuentesmarxismo-kautsky-1907.pdf> (acceso del 6/5/2018)
- . 1971. *The Class Struggle* (Erfurt Program). New York: W. W. Norton Ed.
- de Tocqueville, A. 2004. *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Barcelona, Ediciones AKAL.
- Lee, D. y Turner, B. (comps.). 1996. *Conflicts about Class*. New York: Longman.
- Lipset, S. y Bendix, M. 1952. *Classes, estatus and power*. New York: Glencoe Free Press.
- Marx, K. 1975. *Miseria de la Filosofía*. México: Siglo XXI.
- . 2002. "Las clases sociales" en *El Capital*. Libro 3, Cap. LII. México: Siglo XXI.
- . 1978. "Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel" en *Obras de Marx y Engels*, Grijalbo, OME 5, Barcelona, Crítica-Grijalbo.
- Marx, K. y Engels, F. 1971. *La Ideología Alemana*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos.
- Milliband, R. 1994. "Análisis de clase", en Anthony Giddens y Jonathan Turner, *La teoría social hoy*. Madrid: Alianza Universidad.
- Nievas, F. 2013. "De las clases sociales al Partido en Marx: una perspectiva" en *Revista Entramados y Perspectivas*, N° 3, pp.163-190.
- Nisbet, R. 1977. *La formación del pensamiento sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laurin-Frenette, N. 1993. *Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Sociología e ideología burguesa*. Madrid: Siglo XXI.
- Ossowski, S. 1969. *Estructura de clases y conciencia social*, Barcelona: Península.
- Pakulski, J. and Waters, M. 1996. *The Death of Class*, London: Sage.
- Pakulski, J. 2007. "Foundations of a post- class analysis" en Erik Ohlin Wright (ed) *Approaches to Class Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 152-179.
- Parkin, F. 1984. *Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa*. Madrid: Espasa Calpe.
- Poulantzas, N. 1985. *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*. México: Siglo XXI.

- Sartelli, E. 2013. "La niebla. Ellen Meiskins Wood y la relevancia política de la resistencia intelectual" en E. Meiskins Wood, *¿Una política sin clases? El postmarxismo y su legado*, Buenos Aires: P&P, pp. 7-24.
- Touraine, A. 1994. *Crítica de la modernidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Van Parijs, P. 1995. "Una revolución en la teoría de las clases" en Julio Caravaña y Andrés de Francisco (comps.), *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Madrid: Ed. Pablo Iglesias, pp. 187-226.
- Weber, M. 1974. "Clases, estamentos y partidos" y "Estamentos y clases" en *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 242-246 y pp. 683-685.
- Wright, E. O. (ed). 1996. "The continuing relevance of class analysis", en *Theory and Society*, Nº 25, pp. 693-716.
- . 2005. *Approaches to Class Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 2015. *Understanding Classes*. New York-London: Verso. Versión castellana Wright, E. O. 2018. *Comprender las clases sociales*. Editorial Akal, España.